

—Agradecido a vuestro señor, dijo el ermitaño extendiendo su
brazo derecho hacia la puerta de la cabaña.
—Entonces, con creciente agitación, vieron los infantes que el
brazo del ermitaño no tenía mano.
Y todo junto, esta singularidad y el aspecto venerable, no
dele alivio de aquel hombre, mas propio de un ángel que de
un ermitaño, los dominaron, y uno de ellos abrió por la escote-
ra, abrió la puerta, miró y á poco volvió á salir y dijo:
—Entrad, padre mio, mi señor os espera.
El monje entró en la cabaña.
La puerta se cerró.
—¿Quién será este señor de Dios? dijo uno de los ocultos.
—¿Quién sabe si será varón del diablo? contestó otro.
Luego se refugieron al silencio, y continuaron hablando en
guarda al calor de la hoguera.

—Agradecido a vuestro señor, dijo el ermitaño extendiendo su
brazo derecho hacia la puerta de la cabaña.
—Entonces, con creciente agitación, vieron los infantes que el
brazo del ermitaño no tenía mano.
Y todo junto, esta singularidad y el aspecto venerable, no
dele alivio de aquel hombre, mas propio de un ángel que de
un ermitaño, los dominaron, y uno de ellos abrió por la escote-
ra, abrió la puerta, miró y á poco volvió á salir y dijo:
—Entrad, padre mio, mi señor os espera.
El monje entró en la cabaña.
La puerta se cerró.
—¿Quién será este señor de Dios? dijo uno de los ocultos.
—¿Quién sabe si será varón del diablo? contestó otro.
Luego se refugieron al silencio, y continuaron hablando en
guarda al calor de la hoguera.

CAPITULO IX.

DE CÓMO ZAYDA FATIMA JURAMENTÓ Á DOS INFANTES.
—¿Y cómo habéis descubierto ese crimen?
—Por la boca de los de los de los Hermanos de la Señal que están
a vuestro servicio, y que se dirigen á la cabaña de otro, donde
está preso y encerrado el infante de Aragón don Pedro.
—¿Al infante y al rey? dijo el infante Zayda Fatima.
—Como habéis descubierto este crimen, ¿cómo se descubrió el
—El suceso fuere de mis ojos, contestó el ermitaño, las tinie-
las que me rodean me enseñaron.

Al entrar el monje en la cabaña, se pusieron de pié los dos infantes.

—Os conozco á vos, dijo el monje mirando profunda y gravemente al infante don Juan Manuel: sois el retrato de vuestro padre el infante don Manuel, hijo menor del señor rey don Fernando.

—Y á mí me parece haberos visto alguna vez, dijo el jóven infante, mirando con estupor y aun con miedo al ermitaño.

—Erais muy niño cuando yo dejé de ser de este mundo, contestó el ermitaño.

—¿Pues qué, habéis muerto, señor? dijo el infante don Juan Manuel, que rindiendo tributo á las creencias de su tiempo, tenía gran fé en las almas en pena y en los aparecidos, mucho mas cuando estas almas en pena se presentaban á los mortales, como

se decia, con el hábito de monje benedictino, mortaja muy usada entonces.

—El que vive en el yermo, separado del resto de los hombres y solo con Dios, para los hombres ha muerto si para Dios vive: voto tengo hecho de no hablar con nadie ni dejarme ver el rostro por nadie, y nadie ha hablado ni ha visto el semblante hasta ahora al ermitaño del Santísimo Cristo de la Selva: pero he sorprendido el secreto de un crimen, y mi conciencia me manda revelároslo á vos, señora.

Y se dirigió á la sultana Zayda Fatima.

—¡Un crimen! ¡y al anunciarme que me debeis la revelacion de ese crimen me llamais señora!

—Al sorprender el secreto de ese crimen he sorprendido el secreto de vuestro sexo, y he sabido que le conoce el señor infante don Juan Manuel que está en vuestra compañía.

—¿Y cómo habeis descubierto ese crimen?

—Por la boca de dos de los Hermanos de la Selva que están á vuestro servicio, y que se dirigen á la choza de otro, donde está preso y encerrado el infante de Aragon don Pedro.

—¡Ah! ¡Farfan y Ciervo-veloz! dijo palideciendo Zayda Fatima. ¿Cómo habeis descubierto eso, padre mio?

—El sueño huye de mis ojos, contestó el ermitaño; las tinieblas de la noche traen para mí horrorosas imágenes: el remordimiento agita mi alma: yo oigo una voz tremenda que retumba allá en la eternidad, y que grita: ¡Maldito seas, traidor don Lope! ¡Maldito sea don Lope el traidor!

Y el monje, al levantar sus brazos al cielo, dejó ver la falta de su mano derecha.

—¡Ah! exclamó el infante don Juan Manuel. ¿Qué quereis, qué quereis de nosotros, conde don Lope Diaz de Haro, que así os levantaiis de vuestra tumba?

—¿Quién ha pronunciado mi nombre? dijo el ermitaño pasándose la mano izquierda por su frente sudorosa, y dejando ver la insensatez en su mirada. ¡Ah! ¡callad! ¡callad, primo infante! habeis sorprendido uno de mis momentos de delirio: yo no he muerto, pero guardad el secreto; guardadle por vuestra fé de ca-

ballero, de príncipe, de cristiano: ¡ah! suena gente; se acercan: callad, callad vos tambien, señora: yo no soy mas que el ermitaño, el monje negro y mudo del Santísimo Cristo de la Selva.

Y se caló la capucha, ocultó su mutilacion bajo la ancha manga de su hábito, y se sentó, permaneciendo inmóvil y rígido al otro lado del fuego, teniendo á la izquierda al infante don Juan Manuel y á la derecha á Zayda Fatima, que estaban de pié, pero teniendo cada uno junto así un escabel de pino.

Se oyó rechinar fuertemente la escalera, se abrió la puerta, y entró el infante don Pedro.

II.

Venia pálido, demudado, colérico.

—Matadme y no me deshonreis, dijo, volviéndose á Zayda Fatima; soy vuestro prisionero; pero no habeis de olvidaros por ello de que es un infante hijo y hermano de rey el que teneis en prision.

—No os prendí con alevosía, dijo Zayda Fatima, sino de poder á poder, lanza contra lanza, y estais á mi merced: no teneis derecho á quejaros; pero no os he preso yo, ni para mataros ni para deshonraros, y voy á deciros muy pocas palabras.

—¿Serán esas palabras las condiciones de mi rescate?

—Sí.

—Pedid, pues, tesoros.

—No pido mas que un juramento.

—¿Cuál?

—Jurad como caballero y como cristiano, renunciar á vuestro propósito de casaros con doña María Alfonso de Molina, reina gobernadora de estos reinos por su hijo el señor rey don Fernando el IV.

—¿Y solo á ese precio me dareis libertad?

—Solo á ese precio.

—¿Y si yo por el amor que tengo á la reina doña María, único móvil de mi deseo de casarme con ella, no jurase?

—Permaneceríais preso en mi poder.

—¿Creeis que puede permanecer mucho tiempo en poder de un aventurero, ya sea este como vos os llamais, infante, ó de baja cuna, un hermano del poderoso rey de Aragon?

—Yo os probaria, contestó Zayda Fatima, lo poco que me importa el poder del señor rey de Aragon, vuestro hermano, ahorcándoos, si no fuera porque de una parte me duele el mataros, y de otra, porque matándoos no quiero servir al traidor de los traidores: pero sin mataros, yo os juro que no tendreis libertad hasta que jureis bien y cumplidamente como os he pedido.

—¿Juro! contestó el infante don Pedro.

—Ved como jurais, exclamó el monje negro interviniendo con una voz tan cavernosa, tan sepulcral, que aterró al infante don Pedro: ved como jurais, porque á aquel que no cumple sus juramentos, Dios le maldice.

—Juro renunciar á mi deseo de unirme en matrimonio á la reina doña María Alfonso de Molina, y quiero, si á este juramento faltare, que Dios me castigue con pena de sangre.

—Pues si así lo cumplís, dijo Zayda Fatima, que Dios os lo premie; y si no, que os lo demande: y oid: no embargante la demanda que Dios os hiciere si á vuestro juramento faltáreis, yo os lo demandaré acá en la tierra: iré sobre vos y no tendré para vos compasion, sino que os aniquilaré, contando para ello con la ayuda de Dios. Sois libre, infante don Pedro; y vos tambien, infante don Juan Manuel.

—No he sido preso, se apresuró á decir este.

—No, pero podeis serlo en el momento en que yo quiera: tranquilizaos, que no os prenderé: marchad en el momento acompañado de vuestro primo el infante don Pedro. ¡Hola!

Asomó á la puerta Farfan.

—Soltad á los escuderos del señor infante de Aragon, dijo Zayda Fatima. Dadles sus armas y sus caballos; que marchen

con su señor y con los otros escuderos del señor infante don Juan Manuel: id.

Farfan desapareció.

—En cuanto á vos, infante don Juan Manuel, continuó Zayda Fatima, os pido me empeñeis vuestro honor en fianza de que no revelareis los secretos que habeis descubierto esta noche.

—Lo juro, caballero; pero os juro tambien que os perseguiré hasta conseguir lo que de vos deseo.

—Luchareis en balde, infante don Juan Manuel, contestó Zayda Fatima; porque vuestro deseo es imposible.

—Lo veremos, contestó calorosamente el jóven.

—Yo lo he visto ya, señor infante, contestó Zayda Fatima. Dios no lo quiere.

Guardó silencio, confuso, el infante, y miró con ánsia á Zayda Fatima.

—¿Y no me dirá mi vencedor, dijo el infante don Pedro, de qué reino es infante?

—De un reino que está en este mundo, contestó Zayda Fatima.

—Bien, paciencia, dijo contrariado el infante; espero que nos conoceremos algun dia.

—Pedid á Dios que nos conozcamos para bien, dijo Zayda Fatima.

—Así lo espero.

—Ahora, puesto que me dais libertad, dadme mi espada.

—Tomad la mia.

—Dadme la que me quitásteis, que es de mi padre el rey don Jaime.

—Yo me quedo con la espada de ese valiente rey en rehenes y como testimonio de lo que habeis jurado, y no os la daré sino cuando hayais cumplido bien y fielmente el juramento.

El infante de Aragon hubo de resignarse, y se ciñó la espada de Zayda Fatima.

VI.

En aquel momento se oyó fuera ruido de armas, voces, de hombres y pisadas y relinchos de caballos.

Se abrió la puerta, apareció Farfan, y dijo:

—Los escuderos de los señores infantes están aquí.

—Partid, dijo Zayda Fatima: no os olvidéis vos, infante don Pedro, del juramento que me habeis hecho: no os olvidéis vos, infante don Juan Manuel, de lo que prometísteis al señor rey don Sancho en la hora de su agonía.

—No os olvidéis vos de mí, dijo el infante don Juan Manuel á Zayda Fatima.

Despues de esto, los dos infantes salieron.

El monje negro y Zayda Fatima quedaron solos.

CAPITULO X.

EN QUE SE VE HASTA QUÉ PUNTO ERAN EJECUTIVOS LOS ENJUICIAMIENTOS EN LA EDAD MEDIA.

I.

—¿Quién sois? dijo vivamente Zayda Fatima, acercándose al monje en el momento en que quedaron solos: ¿sois en efecto aquel conde don Lope Diaz de Haro, gran privado del rey don Sancho, que murió hace algunos años en Alfaro?

—Ante todo esperad, contestó el monje: ¿teneis confianza en vuestra gente?

—Tengo confianza en mi corazon, y sobre todo en Dios.

—Es decir, que no confiais en nadie.

—No; en los hombres no: todo lo espero de la Providencia.

—Haceis bien, porque estais rodeada de traidores.

—Me tratais como mujer.

—Sé que sois mujer, ya lo he dicho; hija de rey, aunque de rey infiel y descreido.

—¿Ah, buen padre mio! exclamó Zayda Fatima: uno de mis